

El Cristianismo ante la Realidad Colombiana

Por Otto Morales Benítez

(En la sesión inaugural del Primer Congreso del Pensamiento Católico el Señor Ministro del Trabajo, insigne intelectual, abogado bolivariano y amigo de siempre, pronunció la conferencia que a continuación insertamos y que él reconstruyó especialmente para la Revista).

Debo comenzar esta intervención presentando excusas por no haber traído mi ponencia escrita como era deber elemental. Pero las urgencias que me han asediado últimamente, el continuo ajeteo de problemas sociales en el país, me han impedido escribir con serenidad unas palabras para esta reunión. Explico mi presencia aquí, como decía Eduardo Carranza, por ser un católico que escribe, y haber dedicado mi vida a meditar sobre algunos de los problemas de la inteligencia y de la nacionalidad, e impulsado por el recuerdo de una serie de experiencias, que quizás son las únicas que me dan título para hablar esta tarde ante un grupo tan selecto de intelectuales y de pensadores católicos.

La Provincia entrañable. — Nosotros, las gentes que nacimos en provincia, tuvimos el despertar a la conciencia, el primer golpe de gracia, al encuentro con el misterio y con el asombro, invocando el nombre de Dios, detrás de las palabras de la madre. Fue allí, en ese ambiente entrañable, donde acendramos nuestra fe. Creo que muchos de nosotros hemos tenido ese mismo origen: la provincia remota, perdida, y el canto del rosario hogareño entre murmullos de fe, elevado todos los días para detener las pasiones que golpean a los hombres en el transcurso de su vida cotidiana. Después vino el contacto con la escuela pueblerina, de ambiente modesto y reducido, donde se levantaba la voz del profesor para amonestar, también, en nombre de Dios, el ser rectos, justos y veraces. En nuestro pueblo, había una congregación colectiva en torno de la cruz que lo iluminaba desde sus brazos



milenario —El Ingrumá— que todavía sigue acunándonos la emoción y guiando los pasos de nuestra existencia.

Reencuentro con la sangre. — Más tarde llegamos a la Universidad. Vine a Antioquia a buscar, detrás de la memoria de la estirpe el origen de mis mayores. Llegué a encontrarme con mi raza, con las gentes de mi casa, con mi sangre que desde aquí había ido, en periplos de amor y de gracia, hasta Caldas para la realización de una vida consagrada al amor y obediente al impulso de esas virtudes cristianas que hoy evocamos. Mis estudios los hice en la Universidad Pontificia Bolivariana. Muchos de los rostros que contemplo esta tarde, me están recordando mis profesores ilustres o mis compañeros de permanentes y audaces andanzas intelectuales. En la Universidad Pontificia Bolivariana ascenderé aquellos principios que habían comenzado a caminar iluminando de gracia y de misterio el mundo de mi asombro.

Monseñor Sierra. - El "Cura" Henao. — El primer encuentro se realizó con la estampa de Monseñor Manuel José Sierra. Todavía resplandece en mi ánimo el recuerdo de ese varón extraordinario. Cómo era de recto, justo y enhiesto en sus principios! Y cómo era de generoso, comprensivo y paciente en su voluntad cristiana de acercar a los hombres a la verdad de Dios! Evoco esos días de la Universidad, en que Monseñor Sierra —con su dura personalidad, con su acento de hombre integral, de hombre que sentía, que vibraba en su voz el sentido totalizador de la humanidad—, iba influyendo en nosotros con sobrios ademanes, con palabras de orden, con adjetivos que nunca se excedían de aquella calificación exacta que necesita el ser para descubrir donde están la verdad, la belleza y la justicia. La estampa de Monseñor Sierra, crece irradiando su propia luz en los corredores de la Universidad Pontificia Bolivariana. Su solo nombre nos llena de una gracia especial: el recuerdo de las virtudes cristianas que él nos transmitió y que todos los días olvidamos los colombianos: el perdón, el olvido, la paz, la ecuanimidad espiritual. Más tarde, muerto Monseñor Sierra, nos tocó estar al lado de Monseñor Henao Botero, del Cura Henao, como solemos llamarlo en nuestros recuerdos todos sus discípulos: del Cura Henao, el Cura de la Bolivariana, como lo conocen en Medellín. Con él, con su entusiasmo de combatiente, con su visión de hombre de la época contemporánea, principiamos a tomarle gusto a muchos de los arduos problemas sociales y económicos que atraviesan la inquietud y la inteligencia de los colombianos. El, Monseñor Henao Botero, el Cura Henao, tiene un mucho de cruzado y abandonado. Su acción era y es dinámica; su prédica arrogante, arrolladora, y con ella quería conover y comprometer en escuadrones de batalla a todos sus discípulos. Pero nunca tuvo ni el ademán imperativo, ni exigió que irrevocablemente se aceptaran sus tesis, ni que nadie doblegara su inteligencia a sus mandatos. El quería el lento raciocinio, la convicción sosegada, y el pausado pensar sobre cada uno de los hechos que incomodaban y apretaban nuestra adolescencia. De él aprendimos el ímpetu y la alegría de la lucha, y la confianza y el optimismo para afrontar muchos de los inquietantes problemas contemporáneos. Mu-

chas de las circunstancias que hoy padecemos los colombianos y que hoy lamentamos, porque creemos, en el fondo, que somos culpables y realmente lo somos por acción o por omisión, las enunciaba Henao Botero con la admonición permanente de que sólo regresando a un acento de virilidad, de franqueza y de confianza en las enseñanzas de Cristo, podíamos volver al camino de la verdad y de la vida.

De él dimana el acento social que destaca a muchos integrantes de la generación mía, de la que compartió conmigo los ilustres claustros de la Universidad Bolivariana. Mientras tanto, principiaba a caminar por la inquietud por escribir: comenzábamos a leer afanosamente, en busca de nuevas emociones y del descubrimiento de la belleza del mundo. Nos interesaba todo lo que aparecía en bibliografía y estábamos al tanto de las incidencias de la cultura, con un grupo de camaradas generosos. Muchos han muerto, otros se han silenciado inexplicablemente, y algunos persistimos en la brega de tratar de ordenar nuestro mundo a través de las palabras.

“Generación”. Tribuna generosa. — En ese momento, encontramos el estímulo abierto de Fernando Gómez Martínez. El nos llevó a “El Colombiano”, para dirigir el suplemento “Generación”, con Miguel Arbeláez Sarmiento, durante cuatro años. Fue una labor incesante de predicar nuevos postulados estéticos, de traducir nuestras voces interiores, de volver sobre tesis que nosotros creíamos valederas, buscando ser fieles a ellas. Allí principiamos a ser lo que decía Eduardo Carranza: católicos que escribimos, gentes que reproducimos en palabras algunas de las ansiedades que sacuden nuestra emoción. Desde ese momento estuvimos comprometidos con el ejemplo de la generosidad intelectual de Fernando Gómez Martínez. A pesar de nuestra ubicación política, nunca nos cerró sus páginas y nunca trató de mermarnos la independencia espiritual. Allí aprendimos que también había necesidad de la lucha cultural de ser amplios, de ser tolerantes, de ser cristianos —como fueron con las de nosotros— con las debilidades intelectuales de nuestros compañeros.

Nuestra presencia aquí. — Todos esos recuerdos y las enseñanzas de la fraternidad, son los únicos que explican nuestra presencia esta tarde. Los explican sin que nosotros podamos justificar totalmente el homenaje que nos han hecho las personas que nos invitaron para acompañarnos en esta reunión. Porque nuestra misión humana ha estado alejada del estudio de los textos teológicos y religiosos y sería imposible para mí, superar, por ejemplo, la bella página que ha leído Eduardo Carranza, donde la emoción cristiana brincaba en sus palabras alborozadamente, detrás del júbilo de la poesía, haciéndonos comprender la responsabilidad que nos asiste al estar ubicados ante una nacionalidad que, como el mismo poeta Carranza lo decía, ha ido perdiendo lentamente ese acento de cristiandad que nos impulsó en las primeras horas y que debemos volver a reconstruir con una acción dinámica y poderosa al servicio de las verdades que nos alimentan y que nos estimulan intelectualmente. El tema que se me ha propuesto, “El

cristianismo ante la realidad colombiana", tiene implicaciones muy amplias que, desde luego, no puedo abordar como quisiera porque en una improvisación de esta naturaleza, es difícil reunir todos los elementos de juicio sobre el problema planteado. Pero vale la pena que nos detengamos a meditar un poco sobre él.

Los colombianos hacemos todos los días, hoy mismo lo estamos haciendo, profesión de nuestra filiación cristiana, de gentes que quieren defender su credo, que aspiran a levantar la enseñanza de Cristo para imponerla como modalidad rectora dentro de Colombia. Pero realmente, si actuamos como cristianos? Cada uno de nuestros actos corresponde a esa enseñanza? En cada impulso activo y positivo de nuestra vida, cumplimos con esos mandatos de perdón y caridad que predicaba el mismo Cristo? Podríamos estar interrogándonos con largueza; cada uno de nosotros plantearnos el problema, como problema de conciencia íntima, de conducta individual, para saber hasta dónde estamos obrando en identidad con lo que predicamos abiertamente. Pero creo que no lo cumplimos en la intimidad: en el acto que se escapa de la calificación ciudadana, en aquel que no puede ser espiado o en el que nosotros consideramos que podemos dejar operar libremente, torciendo la base de nuestra formación cultural y moral porque obedecen a otros estímulos, a los de la política, los de la economía, o los del arrebato y la ambición personal. El significado de esta reunión radica en que ya tengamos la angustia de querer interrogarnos si estamos obrando como cristianos. Para mí, ese es el valor de este congreso. Ese inquirir es lo que le da fuerza y lo ilumina: que cada colombiano y cada escritor católico quiera confrontar si realmente está obedeciendo a su destino interior, a la fuerza íntima que lo debe impulsar para realizar su destino en identidad con sus sueños, con sus meditaciones y con sus preocupaciones iniciales de cristiano.

Alejamiento de Dios. — Creo que en el orden moral los colombianos hemos ido perdiendo en gran parte ese impulso inicial. Leyendo hoy la página maravillosa que publicó "El Colombiano" con las respuestas a la encuesta que hizo el escritor Julio Aguirre Quintero, encuentro una sagaz y oportuna de Eduardo Mendoza Varela, quien esta tarde nos acompaña. Al preguntarle: realmente nos hemos alejado de Dios? Eduardo Mendoza Varela, poeta y ensayista, dijo que enunciaría algo muy personal, producto de su reflexión. Yo creo que el problema no está en que nos hayamos alejado de Dios, como en el hecho de que nunca hemos estado cerca de El. Evidentemente. Me impresionó ese enfoque porque él agregaba: hay un grupo culto y semiculto que no se cuida mucho de ajustar su conducta a ningún postulado, a pesar de que predica su adhesión al cristianismo. Y hay una clase, nuestra pobre clase humilde, desamparada de escuelas, de contacto con la cultura, a la cual no hemos podido acercarla suficientemente a Dios. Esto sucede, claro está, a pesar del esfuerzo ingente, ejemplar y apostólico de nuestro clero colombiano que ha tratado de superar aquellas deficiencias de oportunidades que no ha podido entregarle el Estado a los colombianos. Entonces, leyendo esa respuesta me preguntaba: Será cierto que nuestra gente culta o semiculta ha ajustado sus pasiones, sus

ímpetus, sus rachas de conquista económica o política a la doctrina de Cristo? Quienes tratamos de influir en la opinión pública, hemos logrado que nuestras palabras no despierten el recelo, ni el resentimiento, ni el odio, ni la pasión entre hermanos para cumplir la sentencia de Cristo de "Amaos los unos a los otros", o cada uno de nosotros, en el propósito de ser fieles a alguna causa, o a un interés personal, o a un interés económico, o a un propósito social, hemos traicionado la verdadera enseñanza del Maestro?

El crecimiento de América. — Valdría la pena pensar en otro problema que presentaba Monseñor Larrain en un ensayo que tuve oportunidad de leer recientemente. En el campo humano, en Colombia como en América, se han producido transformaciones esenciales, que desde luego influyen sobre la conducta de los individuos. No hay que olvidar, y no es posible desconocerlo, que el cristianismo es una conducta moral frente al mundo con unas verdades esenciales que no podemos traicionar ni por capricho, ni por apresuramiento, ni por locura. El decía: "Hace 20 años América era un ambiente, se movía en un medio rural casi por completo. Nuestras gentes eran gentes campesinas y sencillas, poco agitadas por los problemas sociales, por las convulsiones económicas, por la racha de la presencia del Estado y de las malas pasiones. Estaban un poco al margen, alejados, creyendo tranquilamente en su Dios con un poco de simplicidad, si queremos, pero aceptando que la cruz debía de iluminar su camino, su camino de redención y de vida. De pronto se fue produciendo el fenómeno de que, abruptamente y no de cualquier manera, no en proceso lento sino en una alteración convulsiva llegó la ruptura de esa unidad rural para principiar nuestros campesinos a incorporarse a las urbes y a su proceso de industrialización, en corto tiempo".

A ese fenómeno hemos asistido los colombianos. Aquí en Colombia se ha cumplido ese proceso. Hemos comprobado el desplazamiento masivo de gentes rurales hacia las capitales en busca de un trabajo que les dé oportunidades de mejores salarios, de goces, de comodidades, frente a otro panorama distinto de esperar, tranquila y resignadamente, en sus ranchos campesinos, el paso de la luna y del sol y, de vez en cuando, la sombra de un bandolero que irrumpe en nombre de una pasión y de un odio contra su hogar, contra el núcleo familiar, contra las fuerzas vivas de la nacionalidad. Es evidente que ese desplazamiento de masas campesinas hacia la urbe, ha traído una transformación de nuestra nacionalidad, no solo de la colombiana sino de la americana, y ha logrado, como consecuencia, la modificación de muchos conceptos. La familia campesina que creíamos temerosa de Dios, hundida allá en su parcela, llega a la ciudad y se transforma. Y hay que observar el impacto en su vida y la transformación en las costumbres del hogar y los graves trastornos en la orientación moral, por ejemplo, de los hijos, mujeres y hombres.

Todos son hechos que también a nosotros, como país americano, comienzan a atropellarnos y a incidir sobre la obligación que tenemos las gentes que trabajamos con materiales intelectuales, de volver a reflexionar un poco si estamos realizando la tarea de **vigilancia, de vigilancia**

espiritual y de vigilancia moral necesarias, para que esas gentes conserven su fe, esa fe elemental que trajeron del campo, y el respeto a ciertas normas que para ellos era imposible transgredir. Si nosotros estamos detrás de ese problema con ojos vigilantes, lograremos contener el proceso de desintegración que va afectando también a la nacionalidad colombiana.

Se amplían las necesidades sociales. — Las carreras profesionales y los oficios que todos los días se amplían tendrán una importancia cada vez mayor dentro del desarrollo económico colombiano. Se multiplican con consecuencias sociales singulares, cambiando la posición personal que antes no tenían, al lograr éxitos pecuniarios repentinos. Los ciudadanos van superando una clase por otra lentamente. El proceso no podemos desconocerlo, y es bueno que lo vayamos relacionando con su repercusión social; ese es uno de los problemas que tiene el cristianismo ante la realidad nacional. Con la educación, los colombianos hemos logrado que la religión siempre sea norte y orientadora dentro del proceso de la formación de nuestras gentes. Pero a medida que se van ampliando las necesidades sociales y crece el contacto con una serie de elementos delicuescentes de la personalidad, sobre todo para etapas que no están muy definidas, —como son las de la juventud, las de los primeros ímpetus, las de los iniciales goces, las de las golosas sensaciones—, nos damos cuenta de que hemos debido procurar, más que un poco de enseñanza religiosa, una noble formación ética, profunda, arraigada hondamente en la conciencia, pues de otra manera no habremos avanzado mucho dentro de la constitución de las gentes del país.

Nadie puede desconocer la misión vigilante de la Iglesia, desde los primeros albores de la república, a través de pastores insignes, hoy mismo custodiada por esa figura gallarda de la inteligencia que se llama Monseñor Concha Córdoba y cuyo solo nombre es garantía y prenda de la altura y nobleza de todas las campañas religiosas en Colombia. Pero, a pesar de eso, es bueno que nos detengamos a pensar si en la universidad, si en la escuela, nosotros estamos entregando esa formación ética profunda, que debe dar una conformación extraordinaria al hombre para resistir los embates que diariamente nos entrega la existencia. Para tolerar el lote de soledad que cada hombre debe soportar para poder ser un auténtico hombre, como decía un escritor español. Y que le permita a éste persistir en su fe y su verdad, a pesar de las amenazas, de las incitaciones, de los halagos, de las promesas y del afán de concupiscencia con que se le tienta todos los días.

Considero que esta tarea no la hemos realizado suficientemente. A quién podríamos achacarle la responsabilidad de esa merma dentro de la formación del hombre colombiano? A nuestros mismos sistemas que, desde luego, no son los mejores para afrontar problemas de esa naturaleza. Pero el hecho de que estemos esta tarde inquietos, angustiados, preguntándonos cómo los afrontaremos en el futuro, nos está dando la oportunidad de saber que ya vamos a principiar a interrogarnos con mayor hondura, con más seguridad sobre este aspecto de la conducta del hombre colombiano.

El problema de la tierra. — En estos días escuchaba a un eminente sacerdote amigo mío sostener que mientras no resolviéramos el problema de la tierra, estábamos permitiendo que se creasen graves conflictos de desaveniencias sociales. Que ello llevaría a la perturbación de la conducta humana, porque había grandes masas campesinas que se sentían desposeídas, que estaban arrinconadas en el olvido sin alcanzar, para sí y para su familia, las posibilidades de creación a través de la tierra. El campesino no tiene otra visión del mundo distinta de la de su parcela, ni otra obsesión que tener un pedazo de tierra donde descansar sus angustias económicas, donde procrear, donde poder levantar a sus hijos en el temor de los verdades de Dios.

Los colombianos, todos los colombianos, proclamamos la necesidad de que haya una transformación en la vida agraria colombiana. Principiamos el proceso y nos detenemos. Nadie lo ha cumplido cabalmente, y esto ha retardado el que le hubiésemos podido dar a una serie de compatriotas, la oportunidad de tener seguridad en su vida económica. Así, no tendríamos ese desplazamiento masivo, de que hablaba Monseñor Larrain, de campesinos que abandonan la parcela porque no es de ellos, porque no les pertenece. Ese es otro aspecto que también vale la pena estudiar para saber cómo el cristianismo afrontaría esta circunstancia en la nacionalidad colombiana. En los últimos tiempos se ha agitado el problema, a través de una reforma que ha propuesto el gobierno del Frente Nacional. Es bueno que cada uno examine ese prospecto para ver cómo le limitamos la angustia económica a los colombianos, cómo se le elimina esa sensación de angustia y de desamparo en que se mueven nuestras gentes de ruralía. Es otro grave interrogante que lleva a conquistas violentas de la tierra a través de la muerte, del asalto a media noche, engendrando el terror y la muerte que ha padecido la república. Ese es uno de los hechos dramáticos que incide fuertemente en la violencia. Entonces para un cristiano no puede ser motivo ajeno a su preocupación el saber cómo vamos a darle tierra a una multitud de compatriotas que tienen su ilusión pagada a un pedazo de ella, a la fuente que canta, al pequeño rancho campesino donde espera dormir con su mujer y sus hijos sin que el paso de un caballo, como decía el poeta, “le estremezca de pavor, al pensar en lúgubres aconteceres de muerte, de ceniza y de sangre”.

Las relaciones sociales. — En las relaciones sociales que me ha tocado manejar ahora, por razón del oficio que desempeño en el gobierno, hemos avanzado bastante y debo proclamarlo así. Recuerdo cuando desde la Universidad, escuchábamos los debates parlamentarios y nos iluminaban de fé democrática y de confianza en las soluciones de la inteligencia Carlos Lozano y Lozano, Jorge Eliécer Gaitán, José Camacho Carreño, Eliseo Arango, Alberto y Carlos Lleras, Gabriel Turbay, para citar unos pocos. Nosotros, a medida que apreciábamos sus palabras, íbamos descubriendo un mundo de inquietudes sociales. Muchas gentes, en ese momento, rechazaban el planteamiento de esos temas. A ellos les debo las primeras preocupaciones por estos temas trascendentales. Los agitaban desde el parlamento en noble idioma, en cláusulas donde salía resplandeciente la verdad, iluminando la conciencia

de los colombianos. A ellos, a su afán de ser fieles a la república, les debemos mucho los hombres de mi generación, por habernos despertado a estas preocupaciones sociales.

Hoy, por un azar, me ha tocado regentar la cartera del Ministerio del Trabajo. Ya muchos de estos temas, que algunos colombianos consideraban vitandos hace pocos años, que predicaban que era materia que no debía ser tratada públicamente porque era motivo de perturbación, sirven hoy a todos los grupos, a todas las clases, de todos los colores políticos, para unirse en el afán de resolver el problema social colombiano.

Masas sin amparo social. — Nosotros tenemos una masa colombiana sin ningún amparo social. Por qué? Porque nuestras leyes laborales son malas? No, exactamente. Porque no llega esa justicia social a todos los sectores, porque no ha logrado avanzar suficientemente. En esta semana, mientras escribía la Memoria para el Congreso, tuve qué hacer la estadística de la gente que estuviera logrando avances considerables en sus reivindicaciones. Encontré registrados en el censo laboral tres mil sindicatos, de los cuales 1.500 están totalmente inactivos. Son seres que han olvidado el deber de luchar conjuntamente, colectivamente, por la reivindicación suya, de su familia, de su región. Encontramos, también, que los grandes beneficios sociales llegan a aquellas masas que están sindicalizadas, a las que pueden presentar sus pliegos de peticiones y reclamar y decir su verdad limpia y escueta ante los industriales o ante los ganaderos, ante los empresarios en general. He tenido una gran experiencia en el Ministerio al encontrar un grupo de sacerdotes de Colombia, de los más ilustres por la inteligencia, por la devoción nacionalista, por su adhesión a los verdaderos principios de Cristo, que buscan todos los días afanosamente contribuir a esa política social de avances sin demagogia, de evolución sin precipitaciones, de renovación sin querer romper la necesaria armonía entre el capital y el trabajo.

Estudiando en el Servicio Nacional de Aprendizaje nuestros índices, encontramos que la mano de obra calificada en Colombia es de una escasez que aterra por los bajos guarismos. Pero reconforta por una observación humana importante, que es la de descubrir que tenemos un pueblo extraordinariamente inteligente que, a golpes de intuición, se ha incorporado a la industria y ha logrado superar su pobreza de recursos intelectuales y técnicos, ayudando con su vigoroso impulso, al maravilloso desarrollo del capital colombiano que busca engrandecer también a la patria.

Pero da melancolía estudiar, por ejemplo, el cuadro estadístico que nos establece que 197.000 colombianos, necesitan incorporarse anualmente al trabajo regular. Y que llegan sin ninguna preparación, sin ninguna información previa de lo que van a manejar, de las maquinarias que les va a tocar utilizar para poder producir. Entonces el proceso es dramático: rebaja la productividad, los salarios podrían ser más altos si el rendimiento fuera superior, la falta de personal impide el ensanchamiento de las fábricas, la preparación de aquel implica para las industrias mermas en su producción y riesgos imprevistos en la maqui-

na. La capacidad de compra del pueblo colombiano, como consecuencia, rebaja notablemente. Nos vemos ante esas dificultades sociales, conjurables por fortuna, porque tenemos ya una serie de prospectos para realizar. Otros en marcha como, por ejemplo, la labor de la Radio Sutatenza de la Acción Cultural, que está preparando y tecnificando a través de sus micrófonos, con ese medio poderoso de difusión, a nuestros campesinos para que aprendan a mejorar sus cultivos y su hogar, para que superen la estética de su propia vida personal. Tenemos el SENA, el Servicio Nacional de Aprendizaje que está en este momento construyendo 14 centros de aprendizaje en el país. Centros para técnicos industriales, agricultores, ganaderos. Así se podría transformar la producción colombiana. Para todo eso, le está dando al hombre colombiano seguridad en su actitud ética? Eso sería lo que tendría que preguntarse el cristiano. Estamos vigilando con el mismo rigor al hombre colombiano, no solo a través de la enseñanza, sino de nuestra actitud, de la conducta social, de la manera como manejamos los problemas y los afrontamos? Y si queremos resolverlos, estamos dando ejemplo, ejemplo edificante de tolerancia, de verdad, de justicia, de paz, de perdón y de olvido? Eso sería bueno que lo analizáramos todos los colombianos. Creo que tendremos que ir hacia allá aceleradamente. Debemos orientarnos hacia esa meta. De aquí, de la misma reunión de gentes que tienen el destino de la inteligencia colombiana como mandato de la voluntad interior, tendrá que salir un replanteamiento para afrontar los problemas de Colombia con sentido cristiano, con la decisión que Cristo exigía, de cruzados de la verdad y de la justicia.

La tesis de Su Santidad Juan XXIII. — Todavía, claro está, se asiste en ocasiones a actitudes anticristianas de muchas gentes que no captan el sentido de lo que hemos dado en llamar la justicia social. Por fortuna se van superando esos recelos inmediatos. Lo que más puede agrandar a los gobernantes es ver la emulación de hoy, de todos los sectores, por hacer planteamientos, porque las relaciones humanas y sociales de los colombianos sean más estables, con mejores estímulos, con posibilidades de ampliarlas y desarrollarlas en nuevas fuentes de creación y de mejoramiento de sus condiciones de vida. Nosotros repasábamos esta semana la última admonición de Su Santidad Juan XXIII en la que daba una norma de conducta en cuanto a tales relaciones. El señalaba el camino de la nueva actitud social que le corresponde cumplir al cristiano: que esas relaciones avancen con el respeto de la persona humana esencialmente, y que para su recta aplicación no sea indispensable una batalla, ni un proceso de luchas dinámicas, demagógicas, sino que todo opere dentro de la equidad y la justicia. Sus palabras son iluminadoras a este respecto:

“Vivamente exhortamos, además, a todos aquellos sobre los que pesan la mayor parte de las responsabilidades en la empresa, y de los que depende algunas veces también la vida de los obreros, a que no consideren a los trabajadores solamente desde el punto de vista económico y a que no se limiten al reconocimiento de sus derechos relacionados con el justo salario, sino a que respeten además la dignidad de su persona y los miren como a hermanos; y hagan también que los

obreros, participando cada vez más, conforme a una justa medida, en las utilidades del trabajo realizado, se sientan como parte de la empresa. Esto lo advertimos para que se ponga en práctica una mayor armonía entre los mutuos derechos y deberes de los patronos y obreros y para que las diversas organizaciones profesionales no parezcan como una arma exclusivamente dirigida para una guerra defensiva y ofensiva que provoca reacciones y represalias, no como un torrente que rotos los diques inunda, sino como un puente que une las riberas opuestas”.

En esas palabras de Su Santidad Juan XXIII está esbozada toda una política de cómo no debe ser la lucha social un torrente que inunda, sino un puente que une las riberas opuestas.

El poder de la palabra. — Aquí nos hemos reunido, como lo dijo Eduardo Carranza, escritores católicos y católicos que escribimos. No podemos olvidar la importancia de lo que nosotros realizamos a pesar de la insignificancia de nuestra obra, por poca densidad que tenga, por poco brillo que ella lleve en sí. La palabra ha sido siempre el vehículo extraordinario para que la humanidad pueda cumplir su destino. A través de la palabra, las gentes se han entendido para el amor, para los negocios, para las relaciones políticas y sociales.

Lo sabemos todos nosotros: la palabra fue el principio, el comienzo, o el anuncio. “En el comienzo fue el Verbo”. De suerte que nosotros tenemos que de allí dimana la responsabilidad de los escritores: de ese poder extraordinario de la palabra que comunica, que inflama, que lleva la verdad y la justicia a las gentes, o que despierta los odios y los recelos. Del uso de la palabra depende muchas veces la existencia alegre o dramática de muchas vidas. Quienes somos lectores, sabemos cuántas veces nos hemos sentido estremecidos a través de una página que conmueve nuestra sensibilidad. Muchos de nuestros actos son apenas el impulso de una palabra inflamada que nos llenó el torrente de la emoción y de la inteligencia, y nos puso en poder de creación. No olvidemos, por lo tanto, que tenemos en nuestras manos un poder extraordinario, el de la palabra, de la cual dijo Jesucristo: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Por parvas, por menesterosas que sean las palabras que usemos como escritores católicos o como católicos que escribimos, no podemos olvidar la otra sentencia de Cristo: No es cuestión de proclamar nuestra fé y no ejercitarla; no todo reside en proclamar nuestros sentimientos y opacarlos con la codicia, con el afán de lucro, con el de la concupiscencia, con el de cualquier empeño inútil, porque ya lo dijo también Cristo: “No todo aquel que dice: “Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos”.